

# *Literatura y sociedad: la ciudad levítica, modelo sociológico en evolución*

MARIA ALICIA LANGA LAORGA

Dpto. Historia Contemporánea. Universidad Complutense

## **I. La utilización del texto literario como fuente de historia social: problemas metodológicos que plantea y campos en los que su análisis resulta prioritario**

La utilización de la fuente literaria, como de cualquier otra fuente histórica, plantea problemas y requiere un método específico de trabajo. En primer lugar hay que tener en cuenta la capacidad del autor para convertirse en testigo de su entorno y de su época; para captar la sociedad en la que vive y que, generalmente, describe en su obra; y para transmitir a sus lectores una imagen auténtica de dicha realidad. La validez de semejante testimonio es algo que hay que someter a riguroso examen habida cuenta de la posibilidad de manipulación inconsciente de la imagen propuesta debido al subjetivismo de todo ser humano a la hora de definir una situación dada, o por deformación expresa de determinadas cuestiones con objeto de favorecer una tesis o en virtud de una finalidad concreta. El escritor tiene habitualmente unos planteamientos que defender al desarrollar su discurso lo que puede dar lugar a determinadas distorsiones expositivas. Finalmente, la creación literaria implica una cierta dosis de imaginación por parte del novelista que no está reproduciendo la realidad como si de una fotografía se tratase sino interpretándola y plasmando aquellos rasgos que mejor reflejan sus propuestas de partida por razones éticas, por razones estéticas o bien, por tratarse pura y simplemente de una creación artística. En cualquier caso, historiadores de tan alto prestigio como el profesor José Antonio Maravall, han puesto de manifiesto que “la aplicación de cier-

tas categorías historiográficas a nuestras obras literarias (...) ha de resultar siempre fecunda y esclarecedora". Ya D. Francisco GINER DE LOS RIOS llamó la atención sobre el valor que la literatura tenía como caracterología de un pueblo, según comenta el profesor López-Morillas que añade, siguiendo el pensamiento del insigne institucionista, que el historiador puede y debe servirse de la producción literaria como insuperable guía para explorar la recóndita intimidad de un momento histórico<sup>1</sup>.

Para resolver los problemas expuestos, se recurrirá a un método específico de utilización de la fuente que consistirá en el conocimiento ineludible de la situación histórica en que se gesta la obra literaria, no sólo desde un enfoque político, económico y social sino también en lo que se refiere a las corrientes culturales e ideológicas imperantes; en el análisis de la biografía del autor así como de su concepción del mundo; y, finalmente, en la captación del mensaje implícito o explícito, es decir de aquello que el escritor pretende exponer a la atención del lector para defender una determinada postura.

El texto literario, por consiguiente, bien tratado, permite acercarse a determinados aspectos de la historia como son: las formas de vida cotidiana, el clima psicológico-colectivo de las gentes, la realidad social de las creencias y de las ideas, las mentalidades, etc. campos en los que la literatura se convierte en una de las principales fuentes de conocimiento.

No obstante, y en la medida en que sea posible llevarlo a cabo, la fuente literaria, como cualquier otra, habrá de ser contrastada con fuentes complementarias documentales —censos, padrones, protocolos notariales— o de prensa, etc. con el fin de verificar su precisión.

## II. La ciudad levítica como modelo sociológico

Para refrendar las formulaciones expuestas se puede utilizar un modelo sociológico muy bien diseñado en la literatura realista peninsular: *la ciudad levítica*. La ciudad levítica no es otra cosa que un pequeño núcleo urbano, enclavado en el ámbito rural, con una economía claramente orientada hacia el sector servicios. Como ciudad administrativa, cumple una función esencial de cara a su *hinterland* específicamente agrario, pero carece de las condiciones necesarias para desarrollarse desde el punto de vista de una modernización coherente. Sus clases medias tienen todas las características de una burguesía clásica: pequeños comerciantes, burócratas, profesionales de la abogacía, de la ciencia médica o farmacéuticos, etc. La burguesía industrial es prácticamente inexistente, aún cuando aparezcan unas clases medias bajas dedicadas a la manufactura artesanal. Las clases

---

<sup>1</sup> LOPEZ MORILLAS, J. *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología*. Barcelona, Ariel, 1972.

populares se distribuyen en dos apartados prioritarios: las que se encuadran dentro del sector del servicio doméstico en domicilios privados de gente adinerada y las que se dedican a ese mismo tipo de trabajo por cuenta propia: cocheros, trajinantes, taberneros, planchadoras, costureras, etc. No hay que olvidar tampoco a los mendigos aún cuando en estas pequeñas ciudades no sean tan numerosos como en las más populosas. En cuanto a la clase alta, siempre habrá en estas villas dos o tres familias pertenecientes a la baja nobleza local que formarán la élite dirigente. En el último tercio del siglo XIX, este tipo de ciudades presentan rasgos tanto económicos como sociales absolutamente tradicionales. No hay, por tanto, industrialización ni cambio de mentalidad. El sistema de valores no difiere esencialmente del vigente en el Antiguo Régimen. El horizonte cultural e ideológico no evoluciona. Las formas de vida, tampoco. A esto hay que añadir la cualidad primordial de estas ciudades, —precisamente la que les da nombre—: el desequilibrio de su estructura social debido al peso específico del sector clerical, muy amplio y totalmente desproporcionado respecto al total de la población, y que condiciona, en gran medida, el desarrollo de la vida cotidiana de los ciudadanos. En general, esta desproporción se debe a la falta de crecimiento de una localidad que aún sigue siendo, a pesar de su escasa importancia, sede episcopal.

La *ciudad levítica* tendrá, por consiguiente, una organización bicéfala. Sobre una base social formada por clases populares muy débiles sobre las que se sitúan unas clases medias igualmente desprovistas del sentido de la modernidad y sin proyectos de cambio, dominarán dos grupos sociales: nobleza local y clero, formado éste por el obispo, chantres, canónigos, curas párrocos, etc. Entre ambos se producen tensiones que, según los casos, determinan el predominio de un grupo u otro, dependiendo de la mayor o menor fuerza de la religión y de la evolución del proceso de descristianización en las distintas zonas peninsulares.

### III. La evolución de este modelo en las novelas ibéricas del último tercio del siglo XIX

Las múltiples referencias de los novelistas del último tercio del siglo XIX, tanto en España como en Portugal, al modelo de ciudad descrito —siendo ellos mismos quienes las denominan levíticas o episcopales— parecen avalar la existencia de estos núcleos urbanos y la situación de sometimiento de amplias capas de la sociedad al influjo, toda vía considerable, del clero regular.

Una cuestión previa ha de ser objeto de atención antes de proseguir con el análisis de las obras que se han tomado como paradigma de descripción de las *ciudades levíticas*, las creencias religiosas de cada uno de los escri-

tores elegidos: Galdós, “Clarín”, Palacio Valdés y Eça de Queiroz. Sus biografías y las formas que tienen de enfocar la crítica anticlerical inherente a cualquier descripción de *ciudad levítica*, permiten entender los enfoques divergentes de cada uno de ellos.

Los intelectuales españoles más enfrentados a la Iglesia católica son, en la mayoría de los casos, krausistas o simpatizantes del krausismo, la doctrina de “todo en Dios” como el propio Krause la definió acuñando un nuevo término —*panenteísmo*— para superar los errores o limitaciones de las doctrinas de la immanencia y la transcendencia<sup>2</sup>. Se trata de hombres religiosos en busca de la Verdad, que atacan aquellos aspectos de la Iglesia que no se ajustan al espíritu evangélico, pero sin perder la fe en un Dios de Amor y Justicia; hombres atormentados en busca de un ideal de perfección que no encuentran en la religión tradicional, viciada por componentes extra-espirituales que se han ido agregando, a través de los siglos, a la doctrina predicada por la Iglesia. Critican, con más o menos dureza, al clero y al neo-catolicismo. Al primero, por sus deficiencias tanto culturales como morales y al segundo por su intolerancia.

El joven Galdós no es anticlerical sino anti-neocatólico y ese sentimiento de antagonismo frente al desarrollo integrista se agravará a partir de 1868. La falta capital del catolicismo español al uso será para Galdós la intransigencia, el fanatismo, tema esencial de su novela *Doña Perfecta*.

Alas “Clarín”, el testigo más perspicaz de las carencias del cristianismo en la sociedad española “fin de siglo”, escéptico y místico —lo uno precisamente en función de lo otro—, penetrado de una religiosidad íntima que disiente respecto de las formas adoptadas por la religión oficial, considera que en el ámbito religioso existen dos dimensiones inconfundibles: la relatividad del rito y la esencialidad del Dios interior<sup>3</sup>.

Para Palacio Valdés el problema religioso es el más importante de cuantos conmueven a la sociedad española. Convencido de la primacía de la caridad, militante de un cristianismo liberal, verá en el pensamiento tradicional una rémora para el progreso. Rechaza la política de la Iglesia por su conexión con el poder. Desconfía de la élite rectora e infiere que la única solución a los problemas es la vía pedagógica, planteamiento que le acerca a la Institución Libre de Enseñanza. Considerándose a sí mismo miembro de la Iglesia, atraviesa dos etapas diferentes en su vida: la primera caracterizada por una religiosidad interior, racional, disociada de las prácticas culturales; la segunda será el encuentro con un Dios personal y más cristocéntrico<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> EUCKEN, R. *Zür Erinnerung an K.Ch.F. KRAUSE*, Leipzig, 1881, pp. 52 y 53.

<sup>3</sup> ALAS, L. *Preludios de Clarín*, estudio, selección y notas de J.F. BÓTREL, Oviedo, C.S.I.C. 1972, pp. 50 ss.

<sup>4</sup> GÓMEZ-FERRER, G. *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración*. Oviedo, C.S.I.C., 1983, pp. 388 ss.

Los intelectuales portugueses, por su parte, no están excesivamente preocupados por la religión sino que atacan a la Iglesia en cuanto entidad prepotente que restringe la autonomía de sus integrantes y viene conformando, precisamente por su notable implantación, una sociedad jerarquizada y rígida que no se concilia, según su criterio, con los nuevos presupuestos de progreso, igualdad y libertad.

La llamada *Generación del setenta*, a la que pertenece Eça de Queiroz, recibe en sus años de formación la herencia liberal de Herculano pero también la ideología sincrética socialista-republicana de Henrique Nogueira. Al encindirse el grupo en dos corrientes —socialistas y republicanos— los primeros intentarán integrar el problema del clero en un contexto más amplio, centrándose en la viabilidad o no de la idea de Dios más que preocupándose de sus ministros, mientras que los republicanos dirigen sus ataques directamente al elemento clerical.

En cualquier caso, la clase intelectual portuguesa y, especialmente, los componentes de esta *Generación del setenta*, está profundamente secularizada, es positivista y materialista y ha decidido prescindir de Dios. La cuestión religiosa no es tema central de crítica sino que forma parte de un planteamiento más amplio de denuncia de todo el sistema socio-político vigente.

Eça de Queiroz, siguiendo a Antero de Quental, en una línea de socialismo utópico de corte proudhoniano, no considera al clero como responsable único de los males de la sociedad, sino que lo ve como parte de una estructura arcaica que es preciso remodelar, uno de sus elementos, apenas una parte de un todo que lo trasciende y lo condiciona<sup>5</sup>.

La generación del sesenta y ocho española y la del setenta portuguesa son anticlericales, lo que queda perfectamente plasmado en sus obras; pero ese anticlericalismo es de matiz muy diferente.

Por otra parte, teniendo en cuenta que el último tercio del siglo XIX es una etapa de cambio, sobre todo a medida que se acerca el “fin de siglo”, se puede apreciar una evolución en el modelo propuesto por los escritores que, aún manteniendo los rasgos esenciales que lo caracterizan, sufre una cierta metamorfosis adecuándose a los nuevos valores y a las corrientes culturales del momento.

Cuatro son las novelas escogidas: *El Crimen del Padre Amaro*, de D. José María Eça de Queiroz; *Doña Perfecta*, de D. Benito Pérez Galdós; *La Regenta*, de D. Leopoldo Alas “Clarín” y *La Fe* de D. Armando Palacio Valdés. Todas ellas describen *ciudades levíticas* como telón de fondo de sus distintos argumentos, pero en cada una de ellas, la crítica a la sociedad

---

<sup>5</sup> SERRAO, Joël. *Portugueses somos*. “Anticlericalismo na literatura portuguesa” Lisboa, Livros Horizonte. pp. 200 ss.

clerical presenta distintas peculiaridades. Además, al gestarse en diferentes tiempos históricos, se perciben las influencias diversas que reciben los autores según la fecha en que llevan a cabo su creación literaria. Cambian las ciudades, aunque no en lo esencial, y cambia la mentalidad de los novelistas con el paso de los años y la renovación del horizonte intelectual.

El poder del clero en los núcleos urbanos descritos se debe a tres factores: El elevado número de sacerdotes residentes en estos municipios en comparación con un total de población reducido; el prestigio que todavía conserva el ejercicio del santo ministerio en estas localidades, prestigio social e incluso político; y la fuerza de la religión tradicional en un ámbito provinciano en el que las nuevas ideas tardan mucho en impregnar al conjunto de la sociedad.

Es obvio que Orbajosa, Vetusta y Peñascosa —en *Doña Perfecta*, *La Regenta* y *La Fe*, respectivamente— son arquetipos de ciudad que funcionan de acuerdo con un sistema de valores pre-establecidos por cada autor para poner de relieve aquellos detalles que se adecúan mejor a las tesis planteadas en la novela; incluso sus nombres ficticios son suficientemente expresivos como para facilitar ya una primera aproximación al modelo propuesto<sup>6</sup>. Leiría —descrita por Eça de Queiroz en *El crimen del padre Amaro*— es una ciudad más real, conserva su nombre, el de sus calles, plazas, puentes, edificios, etc. El escritor portugués critica la sociedad leiriese directamente, sin recurrir a denominaciones supuestas. Es una localidad en la que ha vivido; grupos sociales que conoce y a los que define con su lacras, sus carencias pero también con sus ciudadanos ejemplares.

Volviendo a los modelos españoles, de los tres Orbajosa sería el más simple: ciudad administrativa, sede episcopal, con juzgado, seminario, instituto de enseñanza media y una población total de 7.324 habitantes; asentada en una zona eminentemente agraria, lejos de las vías de comunicación modernas —la estación de ferrocarril más cercana se encuentra a tres horas de viaje en caballería, por caminos poco seguros— por tanto, anclada en el pasado y encerrada en sí misma. Un mercado, una calle con las principales tiendas, un paseo único —el de las Descalzas—, el casino, la catedral y una botica —en cuya trastienda, como es habitual, se reúnen los contertulios más progresistas de la villa— perfilan el marco en que se mueven los componentes de la sociedad orbajonense. El espacio que Galdós describe es apenas un esbozo esquemático pero muy ajustado al propósito del autor.

Vetusta es mucho más compleja. También es necesario recordar que toda la novela de “Clarín”, tanto en su estructura literaria como en la minu-

<sup>6</sup> Galdós especifica en su obra: “Orbajosa (...) no está muy lejos ni tampoco muy cerca de Madrid (...) al norte ni al sur, ni al este ni al oeste, sino que es posible esté en todas partes y por doquiera que los españoles revuelvan sus ojos”. PEREZ GALDOS, B. *Doña Perfecta*, Madrid, Cátedra 1984, p. 194.

ciosidad de sus descripciones, resulta infinitamente más complicada que *Doña Perfecta*. Además, es fruto de una época en la que el naturalismo ha penetrado ya en España con toda su carga de retrato exhaustivo del mundo circundante. Si Orbajosa era el esquema de una ciudad levítica, *Vetusta* desarrolla dicho esquema hasta convertirlo en un modelo intrincado. Consta de un núcleo antiguo, en la parte alta —la Encimada sobre el que gravita la mole de la catedral— y en el que se asientan los grandes palacios de la nobleza local, con sus amplios parques y jardines; cuatro antiguos conventos, dos de ellos convertidos en cuartel y prisión debido, sin duda, al proceso desamortizador; dos iglesias más y una amalgama de casuchas apiñadas, en las que se hacinan las familias más pobres del lugar. Este núcleo antiguo es el que realmente responde a los rasgos de ciudad levítica. Sin embargo, *Vetusta* refleja, además, el crecimiento urbano propio de estos años. Posee un “ensanche” —lo que se denomina la Colonia— zona tirada a cordel, con absoluta simetría; allí se establecen, entre otros, los indios adinerados, base de la burguesía de la ciudad. También cuenta *Vetusta* con una barriada obrera —el Campo del Sol— organizada en torno a la única fábrica existente. “Clarín”, ampliando su arquetipo ha descrito no sólo el centro levítico que es el que sirve de marco a la acción de la obra, sino también las zonas modernas típicas de una ciudad en desarrollo, o lo que es igual, en proceso de cambio.

En Peñascosa se advierte con más fuerza la desproporción entre población total y número de clérigos. Palacio Valdés sitúa el argumento de su novela en una villa marinera que se estira a lo largo del litoral, con una sola calle que desemboca en el Campo de los Desmayos, donde se alza la iglesia parroquial. Peñascosa —saliéndose de la normativa del modelo teórico— no tiene obispado ni seminario, cuenta sólo con la citada parroquia atendida por un párroco y un teniente y, sin embargo, los curas, capellanes, administradores de casas de abolengo —que también pertenecen a la clerecía— son muy abundantes para una urbe tan exigua.

Las tres villas desarrollan una función administrativa. Si Orbajosa vive del agro circundante, Peñascosa cuenta, además, con el producto de la pesca. Alejadas ambas del ferrocarril, vegetan introspectivamente. *Vetusta*, más importante, diversifica su economía añadiendo a los factores anteriores un incipiente desarrollo fabril aunque el sector dominante siga siendo el que basa su riqueza en la posesión de la tierra. Ahora bien, no por asumir una cierta modernización la mentalidad colectiva es más abierta, más transigente, más comprensiva; los criterios utilizados para juzgar la conducta ajena son tan arcaicos como en Orbajosa o Peñascosa, ya que la influencia de la clase alta, tradicional y opuesta a cualquier cambio, es muy fuerte por el carisma de que goza en otros ambientes ciudadanos, especialmente entre la burguesía.

La sociedad que aparece en las tres novelas está fuertemente jerarquizada. El estrato superior, es decir, el que aglutina a aquellos grupos que

señorean la ciudad, está formado, fundamentalmente, por terratenientes, con título nobiliario o sin él, pero con ingresos importantes derivados de la posesión de la tierra, —como *Doña Perfecta*, explícito ejemplo de cacique rural—; por representantes de una nobleza provinciana de segundo orden, con rentas agrarias y urbanas —los Vegallana, Ozores y Carraspique, moradores de la Encimada vetustense— poco importantes en el conjunto social del país pero auténticos símbolos de alcurnia en su pequeña ciudad natal; finalmente por familias adineradas, situadas en esa frontera entre baja nobleza y alta burguesía tan difícil de determinar, como las damas que proveen a la formación del padre Gil, en Peñascosa, descendientes de hidalgos y casadas con hombre de la milicia y la administración. Esta clase alta provinciana es la que domina todos los sectores de la vida urbana. Para ello se sirve de su influencia sobre los grupos dirigentes —autoridades civiles, locales y provinciales, cargos de la administración o del ejército destinados en la ciudad— influencia derivada tanto de su prestigio en la zona como de las posibilidades de que dispone en la Corte, a través de familiares y amigos.

La estructura social de estas villas se polariza, en cierto modo, en torno a dos clases: la dominante —ya citada— y la menos favorecida, el pueblo llano como elemento receptor de la presión superior. Las clases medias no ocupan ningún puesto importante en el desarrollo de los distintos argumentos novelísticos. Inserto en esta sociedad provinciana que carece de una burguesía liberal fuerte, es donde el clero cobra una importancia decisiva. Este grupo social posee unas características que le singularizan: su movilidad social, ya que generalmente todos los personajes clericales descritos son de extracción humilde; su dependencia de la clase alta, porque debido a su baja procedencia, todos necesitan el mecenazgo de los poderosos para cursar sus estudios, favor que luego han de pagar; y, una deficiente instrucción en todo lo que se refiere a ciencias de la naturaleza, filosofía, etc. Parece ser una constante el porcentaje elevado de curas de origen popular, sobre todo rural, que ven el sacerdocio como un “modus vivendi” y un acceso a situaciones económicas y sociales más prósperas. Esta ascendencia humilde no sólo aparece en la literatura sino en buena parte de la prensa anticlerical de la época que denuncia especialmente la escasa instrucción de estos “conductores de almas”<sup>7</sup>.

En la existencia de gran parte del elemento clerical de estas ciudades levíticas se aprecia una evidente dicotomía: de un lado, el ejercicio de su ministerio y de otro, su vida de relación. El sacerdote dice misa y predica desde el púlpito para todos los fieles, sea cual fuere su nivel; imparte los sacramentos sin discriminaciones. No obstante, existe una jerarquización

---

<sup>7</sup> A este respecto véase MIRANDA, S. *Pluma y altar en el XIX. De Galdós al cura Santa Cruz*. Madrid, Pegaso, 1983, pp. 57 ss.



social muy marcada en todos los actos religiosos: zonas diferenciadas en la iglesia para la asistencia al culto; distinta ubicación, según la extracción social, en las celebraciones al aire libre de festividades religiosas; todo un protocolo, también, para algo tan sencillo como la confesión. La Iglesia está al servicio de la sociedad pero dicho servicio se configura de acuerdo a una ordenación establecida, que otorga una serie de privilegios a las clases más poderosas. Ahora bien, no hay que sobrevalorar estas diferencias puesto que la jerarquización social no se produce solamente en las manifestaciones culturales sino en cualquier otra, incluso en los paseos y en el teatro. La vida religiosa de estas sociedades urbanas de provincia se inscribiría así en el marco de una normativa más amplia, destinada a regular todos los actos públicos de la colectividad. Por lo que se refiere a las relaciones personales del clero, éstas se desarrollan, en un alto porcentaje, dentro de grupos elitistas, sobre todo si los clérigos disfrutaban de una canonjía, prebenda o capellanía. El carácter sagrado que las órdenes imprimen en el hombre de la calle redundaba en beneficio del mismo, tanto en el ámbito religioso como puramente personal. Su influencia no se ejerce únicamente sobre las conciencias sino sobre todos los aspectos de la vida de la ciudad, en una perfecta correlación de autoridad entre clero y clases dominantes que genera una normativa rigurosa y ajustada a los planteamientos de ambos estratos de poder para ahogar y neutralizar los intentos de ruptura por parte de otras capas de la sociedad.

Tres parecen ser los canales de influencia del clero: la predicación, la confesión y el prestigio social. Dependiendo de los distintos momentos históricos se promociona más un método que otro. Por ejemplo, en la década de los setenta, mucho más crispada en cuanto a enfrentamientos ideológicos, el sacerdote llega a arengar desde el púlpito a sus fieles — *Doña Perfecta*—, en nombre de la religión católica, promoviendo la lucha contra las nuevas ideas y el progreso como si se tratase de una cruzada contra el infiel.

Esta pugna abierta en contra del liberalismo, derivada de la intransigencia, de la adhesión a un catolicismo trentino o de la adscripción al carlismo y promocionada por la política de Pío IX, se suaviza en décadas posteriores. Así en los años ochenta los mensajes de la predicación son más sutiles y afectan a las costumbres pero ya no tanto a la política. Los numerosos clérigos de Vetusta pugnan entre sí por asumir el papel de mejor orador de la ciudad como un elemento de prestigio. “Clarín” no denuncia tanto la presión clerical ejercida desde el púlpito sino que incide de forma reiterada y dándole mayor importancia al tema de la confesión. En la obra de Palacio Valdés también aparece la misma cuestión, pero tratada con más delicadeza. Obviamente, analizado desde el punto de vista del católico convencido, el sacerdote, como ministro de Dios, tiene la facultad de perdonar las culpas que le expone el penitente así como de aconsejar a éste sobre las vías más adecuadas para perseverar en el camino hacia la

perfección. Sin embargo, hay quienes consideran que los curas son seres humanos sujetos a todo tipo de presiones, tanto internas como externas — como así es— y que, debido a su naturaleza de hombres comunes, pueden actuar en ocasiones de forma poco correcta. La idea de que estos curas están al tanto de los pensamientos y de las acciones más íntimas de buena parte de la sociedad, genera una cierta desconfianza puesto que las influencias a través del confesonario pueden ser importantes. De ahí la denuncia constante de los liberales más avanzados, de los intelectuales progresistas o de los dirigentes del movimiento obrero sobre el gran poder de la confesión. Por otra parte, la filiación reaccionaria de un gran porcentaje del clero de finales del siglo pasado supone que esa influencia se ejercerá siempre como soporte de las ideas más conservadoras. Los sermones en confesión serían mucho más efectivos, en cuanto que secretos, que los pronunciados desde el púlpito.

Por último, el prestigio inherente al sacerdote lleva aparejado la posibilidad de influir en las clases dominantes a través de las conversaciones de las tertulias de élite. Sin embargo, no está tan clara la correlación de fuerzas, es decir quien presiona a quien: el clero a las clases dominantes o éstas al clero que, en muchos casos, debe a aquellas y a su mecenazgo, la posibilidad de entrar a formar parte de los ministros de la Iglesia.

Por lo que se refiere al tipo de *ciudad levítica* descrito por Eça de Queiroz en *El crimen del padre Amaro*, podría decirse que sus características son muy similares a las especificadas por los novelistas españoles del sesenta y ocho. Ahora bien, la correlación de fuerzas de la clase dominante aparece claramente volcada en favor de la nobleza local y de los altos cargos administrativos. El clero, muy abundante, ejerce su influencia casi exclusivamente sobre las mujeres de clase media. Eso sí, algunos gozan del privilegio de asistir a las tertulias de la clase alta lo que supone un importante ascenso social, pero su poder de presión sobre la ciudad no se destaca con tanta claridad como en España. La sociedad portuguesa, mucho más descristianizada, está gobernada por la nobleza desde los cargos de la administración y el clero trata de colaborar con esa clase dominante para defender sus últimas posibilidades de mantener cotas de poder que van desapareciendo con rapidez. La crítica anticlerical de Eça de Queiroz, muy virulenta y basada en planteamientos de corte proudhoniano, forma parte de una estrategia más amplia: el rechazo de la sociedad portuguesa en bloque, censurando sin paliativos todos y cada uno de los elementos que la componen.

Un último punto a tomar en consideración es la evolución cronológica del modelo presentado según la fecha en que se gesta cada una de las novelas que se han tomado como ejemplo.

Analizando toda la obra literaria de Eça de Queiroz se distinguen perfectamente tres etapas que corresponden a las tres décadas finales del siglo XIX. Una primera —años setenta— de “literatura de combate”; la se-

gunda —años ochenta— de decadentismo y tedio; y, la tercera —años noventa— de regeneración. Estas tres etapas reflejan, inequívocamente, las diversas circunstancias socio-culturales que influyen en el desarrollo de la creación queirosiana. Teniendo en cuenta que *El crimen del padre Amaro* cuenta con tres ediciones, las dos primeras muy parecidas pero no así la tercera que incorpora personajes y situaciones nuevas, así como una cosmovisión divergente, será el último ejemplo a considerar.

Por lo que se refiere a las tres obras españolas elegidas coinciden con las tres etapas de la obra de Eça de Queiroz. *Doña Perfecta* —1876— es un ejemplo palmario de “literatura de combate”, a la que López-Morillas da el apelativo de novela ideológica, cuando analiza la novela española de los años setenta. Con ello quiere significar que no sólo contiene ideas, sino que se mantiene de ellas y que no es creada como campo neutro sino como campo histórico “sacudido por temblores ideológicos que afectan al propio novelista y le impiden ver con objetividad el mundo en torno”<sup>8</sup>.

*Doña Perfecta* es, por tanto, una novela de tesis, escrita como un alegato, una denuncia, una advertencia, sobre la situación de intransigencia que vive el país y que sólo puede degenerar en violencia.

Orbajosa, la pequeña ciudad provinciana, cerrada en sí misma, enemiga de cualquier tipo de innovación, anclada en el pasado, con una fe absoluta en los valores tradicionales, se defiende de las posibles influencias externas, de las nuevas ideas que contaminarían peligrosamente todo el armazón de su cuerpo social, y se defiende con agresividad, sin intentar el diálogo con el contrincante. Es una actitud excluyente e intolerante. El adversario no tiene derecho a dejarse oír. Hay, simplemente, que eliminarlo y eliminarlo por la fuerza, si es necesario. Orbajosa, en nombre de unos principios religiosos y morales, asesinará a Pepe Rey, encarnación de los nuevos valores de la modernidad.

Galdós al escribir *Doña Perfecta* pone de manifiesto el oscurantismo y los prejuicios de las mentalidades provincianas, pero haciendo hincapié en los aspectos negativos, de forma que este retrato riguroso, incluso exagerado a propósito en algunos detalles, sirva de revulsivo para que la sociedad española pelee contra la amenaza, siempre latente, de una intolerancia que ha sido la causa, a lo largo de los siglos, de graves enfrentamientos fratricidas. *Doña Perfecta* termina en desastre; pero no es pesimismo lo que se detecta en Galdós, sino una firme confianza en que la exposición ante la opinión pública de las lacras nacionales obligará a una toma de conciencia y al posterior desarrollo de los mecanismos necesarios para solucionar el problema.

*La Regenta* —1883-1885— refleja una situación socio-política y cultural diferente. Aunque “Clarín” hace una aguda crítica de la Restauración

<sup>8</sup> LOPEZ-MORILLAS, J. op. cit. pp. 24 ss.

que puede tener características similares a la de Galdós en *Doña Perfecta*, en los años ochenta ya se ha comprobado lo que puede dar de sí el sistema político del “turno”. Si Galdós pensaba en la década precedente que la sociedad española debía y, sobre todo, podía cambiar si se la fustigaba con dureza, Alas considera que la inercia del país no permite transformaciones de fondo. Por eso *Vetusta* será una ciudad que permanece inalterable; una ciudad que aprisiona a sus habitantes, que asfixia cualquier tentativa de evasión. Ana y el Magistral sufren esta presión, presión que genera aburrimiento, hastío, tedio; ese mismo tedio de *Los Maias* de Eça de Queiroz — 1888—; tedio que no se define en las obras literarias peninsulares de los años setenta pero que sí está presente en la década posterior. Por eso la estructura de *La Regenta* es circular —el círculo como símbolo de eternidad—:

“de octubre a octubre, de la catedral a la catedral, al principio: «el viento sur caliente y perezoso...» (cap. I) al final también «una tarde que soplaban el viento sur perezoso y caliente» (Cap. XXX); no ha pasado nada, *Vetusta* indiferente”<sup>9</sup>.

Esa inalterabilidad de la ciudad provinciana demuestra como el autor que la describe no tiene esperanza alguna en futuras mutaciones sociales que mejoren un sistema anquilosado e injusto. Si Orbajosa vence a Pepe Rey expulsándole de su cuerpo social de una forma drástica y definitiva —la muerte— por miedo a un contagio pernicioso, *Vetusta* someterá a los que intentan eludir sus normas con un tipo distinto de violencia, no ya física sino psíquica, minando solapadamente la voluntad de los rebeldes hasta mediatizarlos por completo. La sociedad no arroja ya al indeseable de su seno, sino que lo engulle, anulándolo. El final de *La Regenta* es aún más dramático que el de *Doña Perfecta* porque en él se plasma la inviabilidad de la victoria del individuo contra el sistema. El pesimismo, el tedio, la desesperanza que atenaza a los intelectuales latinos en los años ochenta, también afectará a “Clarín”. No hay soluciones para el futuro.

*La Fe* refleja, evidentemente, la duda del individuo, su crisis interna propia de tiempos inestables que puede extrapolarse al modelo nacional; pero la solución del problema, basada en tesis espiritualistas, se aleja notablemente de las que aporta Eça de Queiroz en los mismos años y que se basan en una vuelta a las raíces, un reencuentro con la identidad colectiva perdida. En *La Fe* no hay nacionalismo ni regeneracionismo. Eso será algo que abordarán los escritores del noventa y ocho tras la sacudida del fracaso colonial. Lo que sí es incuestionable es que en los años noventa tanto lusitanos como hispánicos no se dejan llevar por la abulia del pesimismo sino que buscan respuestas, en cada caso de acuerdo con el momento his-

<sup>9</sup> ALARCOS LLORACH, E. “La estructura en *La Regenta*” en *Historia y crítica de la literatura española*, dir. F. RICO, Barcelona, Ed. Crítica, 1982, p. 582.

tórico en el que viven. En España, el individuo lucha contra la sociedad que intenta anularlo. En Portugal, la nación tiene que forjar un proyecto de futuro puesto que ya han sufrido su crisis colonial —“ultimatum” británico, necesidad de abandonar su proyecto de unión de Angola y Mozambique (*mapa rosa*) etc.—. En cualquier caso, y volviendo a los distintos modelos de *ciudad levítica*, Peñascosa no actuará como Orbajosa o Vetusta. Peñascosa aparta al disidente de manera civilizada, aunque no menos opresora que las demás: le priva de libertad; no le mata, ni le absorbe, simplemente le aísla. Pero el hombre, triunfante de su propia debilidad, de su duda interior, no se arredra ante este ataque al que no concede importancia. Al encontrarse a sí mismo, al obtener el don de la fe, sabe que es libre y que ha encontrado el camino de la verdad. El mundo material no le preocupa. Este recurso al don sobrenatural que se nos otorga graciosamente y que constituye el elemento clave de la salvación individual o colectiva —en este caso la fe en Dios—, que no podemos adquirir por nuestra voluntad y utilizando nuestra razón sino que es algo que se recibe, estaría en la línea de la solución prevista por Eça de Queiroz para Gonzalo, protagonista de *La ilustre casa de Ramírez* —también de los años noventa—, solución basada igualmente en una ayuda del Más allá, aún cuando ésta provenga, en el caso portugués, de los antepasados y no de Dios, debido probablemente al agnosticismo queirosiano.

Indiscutiblemente en los años noventa el imperio de la razón se resquebraja. Hay, tanto en un caso como en el otro, elementos que no encontramos en la novelística de unos años antes: el mito, la intuición, la aprehensión de la verdad por medios que se alejan del puro análisis científico de unos hechos comprobables. Ana Ozores —*La Regenta*— no consigue la gracia de la fe a pesar de sus anhelos místicos. Si, ahora, Peñascosa no triunfa, como lo han hecho Orbajosa y Vetusta, es porque algo ha cambiado entre los años ochenta y noventa en el quehacer literario. Y algo ha cambiado en el quehacer literario porque algo ha cambiado en la mentalidad colectiva de la sociedad o al menos de parte de ella. Se buscan nuevas sendas. El pensamiento filosófico va por otros derroteros.

En cuanto a las dos primeras versiones de *El crimen del padre Amaro* sin duda alguna pertenecen a la etapa de literatura de combate. Eça de Queiroz busca una respuesta de la sociedad fustigada por su pluma. Piensa que hay posibilidades de cambio. Incluso el gran pecado de Amaro se resuelve como un desequilibrio pasajero, con una implicación importante del sentimiento en el desarrollo de la tragedia. Sin embargo, en la tercera versión —la que ha sido traducida y reeditada en múltiples ocasiones— de 1880, tiene ya otras formulaciones. El crimen del clérigo es un crimen de toda la sociedad, con su hipocresía, sus manejos turbios; un crimen bien planeado, sin lugar para el sentimiento. La sociedad asume su papel, pero no castiga al sacerdote desviado porque no le considera importante. Es

una lacra tradicional y aceptada. Sin embargo castiga al inocente cuya presencia pondría en entredicho la estabilidad y el orden prefijado. Pero lo que mejor define la mentalidad de los intelectuales lusos en esos momentos y de Eça de Queiroz en particular, es la última escena de esta versión que plantea un problema grave, extensamente tratado por el autor en los años siguientes, especialmente en *Los Maias*: la imposibilidad de rescatar a Portugal de la situación de decadencia en que está inmerso. La utilización simbólica del emplazamiento donde tiene lugar la charla entre la alta clerecía y la clase noble dirigente es ya una muestra de la inviabilidad de un proyecto nacional con futuro. Bajo la estatua de Camoens —el bardo de la patria que agoniza desde Alcazarquivir, emblema de la gloria y del genio nacionales— los hombres fuertes del ochocientos, los que podrían por su situación de privilegio cambiar las estructuras socio-económicas a través de una política inteligente, —nobleza y clero— permanecen ciegos ante la miseria que les rodea. La ironía lacerante que usa el escritor refleja hasta qué punto éste ha perdido la esperanza. La contraposición país legal/país real demuestra el abismo que separa a la clase dirigente del resto de sus compatriotas. No saben o no quieren percibir la decadencia portuguesa. Como Clarín” en *La Regenta*, Eça de Queiroz, en la tercera versión de *El crimen del padre Amaro*, es totalmente consciente de la pervivencia de unos valores tradicionales que impiden el proceso de cambio.

#### **IV. El recurso a datos documentales para avalar la existencia de este tipo de ciudades en las fechas en que aparecen en la fuente literaria**

Una vez desarrollado el modelo y vista su evolución a través de los datos que proporcionan las novelas, el historiador habrá de verificar aquellos en la realidad histórica recurriendo a fuentes complementarias tales como censos, padrones, cartografía, etc. para cerciorarse de que las aportaciones literarias han sido positivas para alcanzar el objetivo previsto.

Cotejar datos de ciudades ficticias como Orabajosa, Vetusta o Peñascosa —aunque plasmen los rasgos de ciudades reales— puede ser complicado aunque no imposible. Pero con la ciudad de Leiría, no hay problemas. Efectivamente toda una serie de datos documentales la definen como cabeza de concejo y capital de distrito; asentada en una comarca con una densidad de población de tipo medio tomando como referencia la tónica general del país; compartiendo, dentro del propio concejo, su importancia urbana —muy exigua por otra parte— con otras tres villas, en una de las cuales se asienta una gran industria habida cuenta de los parámetros de la época. La denominación de ciudad aunque no sea la más apropiada por su escasa población, se le aplica únicamente en su calidad de capital de dis-

trito. Su desarrollo no se corresponde con las cifras barajas por Miriam Halpern Pereira que habla de un 77% de expansión demográfica urbana<sup>10</sup>, pero sí concuerda perfectamente con las que la misma autora aplica a las villas —todo ello referido al período comprendido entre 1864 y 1900—, lo que avala la tesis de que Leiría no podría ser considerada en sentido estricto una ciudad, salvo por ser precisamente capital de distrito y, además, sede episcopal.

Predominantemente de carácter administrativo y de servicios, cuenta con una industria lanera y de curtidos muy débil que ocupa sólo a ocho trabajadores. Pequeñas serrerías, canteras y alfares se encuentran fuera del núcleo urbano. Sin embargo, su importancia radica precisamente en sus mercados —dos semanales: miércoles y domingos— sus ferias —una mensual de menor magnitud, los días 8, y dos más importantes: 25 de Marzo y 10 de Agosto. Otro factor decisivo para su caracterización es la amplitud de su sector público. Gobierno civil del distrito, administración del concejo, y obispado tienen su sede en la localidad, reuniendo así todos los órganos de poder, tanto político como espiritual, de la comarca. Para una ciudad de 2.655 habitantes —datos de 1855—, existen 145 empleados administrativos y 14 eclesiásticos, de los cuales ocho de la alta jerarquía. Por consiguiente el sector clerical cubriría el 0,6% del total de la población.

Leiría en los años setenta de la pasada centuria tenía todas las características de las *ciudades levíticas* de la fuente literaria.

Por otra parte, el estudio de la cartografía de la zona permite comprobar la exactitud de la descripción queirosiana. La parte más antigua se escalona desde la plaza de San Pedro, frente al Palacio Episcopal y a la iglesia de igual nombre —todavía dentro del recinto fortificado—, descendiendo hasta el Rocío —típica zona de todas las ciudades portuguesas, donde se montan ferias y mercados—, ya en las afueras. No obstante, el eje urbanístico fundamental corre de norte a sur, iniciándose en la plaza de la Catedral —*Largo da Sé*— y finalizando en el *Terreiro*. En ese entramado de callejas, perfectamente descritas por Eça de Queiroz, es donde transcurre toda la trama de *El crimen del Padre Amaro*.

## V. A modo de conclusión

La validez de la fuente literaria en la investigación histórica, especialmente en lo que se refiere al campo de la historia social es innegable. Las dificultades de su utilización no son mayores que las que se derivan del análisis de cualquier otra fuente, ya sea documental, periodística etc. Hay

<sup>10</sup> HALPERN PEREIRA, M. *Livre câmbio e desenvolvimento económico. Portugal na segunda metade do século XIX*. Lisboa, Cosmos, 1971. p. 42.

que saber cuando es necesario acudir a ella y como ha de manejarse; entender su significación, sus alusiones; aislar los temas; estudiar su lenguaje. Y, además no hay normas fijas para ello. En cualquier caso, es necesario cotejar los resultados obtenidos con otras fuentes, pero el resultado puede llegar a ser muy satisfactorio.

### Resumen

El estudio de la *ciudad levítica* a través de la fuente literaria plantea dos cuestiones: la organización de un modelo sociológico que permita sintetizar las principales características de este tipo de ciudades tan numerosas en el ámbito peninsular a finales del pasado siglo —e incluso a lo largo de la primera mitad del XX—, y la validez de la fuente literaria como fórmula de conocimiento de la realidad social. Para el diseño de un modelo sociológico de *ciudad levítica* se ha utilizado la novela realista peninsular de los años setenta en la que aparecen con gran profusión unos determinados núcleos urbanos, a los que los propios autores denominan de esta forma y que no son otra cosa que pequeñas ciudades enclavadas en el ámbito rural, con una economía claramente orientada al sector servicios. Ahora bien, el rasgo característico de estas ciudades es el desequilibrio de su estructura social debido al peso específico del grupo clerical, muy amplio y absolutamente desproporcionado respecto al total de la población y que condiciona el desarrollo de la vida cotidiana de los ciudadanos, así como el sistema de poder local, de disposición bicéfala, formado por pequeño nobleza y jerarquía eclesiástica.

### Summary

“*Levitic town*” study through literary sources brings up two questions: how to organize a sociological model to be able to synthesize the main characteristics of this kind of cities, so abundant in peninsular territory at the end of last century —as well as all along the first half of the XXth—, and how to make sure that literature has validity enough to reach a good society knowledge. For drafting “*levitic town*”—sociological model, some realistic peninsular novels, written about 1870/1880, have been used. In them can be found numerous descriptions of a definite type of urban sites, called by different authors a mentioned above, consisting of small towns, built in rural regions, with an economic system based on administration and services sector. Nevertheless, the special trait of these towns concerns their unbalanced social structure due to specific weight of priesthood group, very large and absolutely inadequate to total populatin so that development of citizens daily life is influenced by this presence, as well as local power, of bicephalous disposition, which lays in the hands of gentry and ecclesiastic hierarchy.